

taban. Esos preparativos consistían en embaldurnar de agua recargada de chíá, jarros, comales, cantaritos, ladrillos, pinos y otros objetos de barro muy poroso, de diversos tamaños y de variadas formas, cuidando de echarles agua diariamente; en sembrar en platos y en macetillas, trigo, lenteja, cebada, alegría y otras semillas, preservando unos sembrados del contacto del aire, á fin de obtener las plantas amarillas, y dejando libres otros para que éstas se desarrollasen y adquiriesen su verdor; y, por último, en echar el ojo á cuantos muebles, trastos, lienzos y otros objetos existiesen en la casa y fuesen útiles y necesarios para la

del alba y las bandas militares tocaban su alegre diana, anunciando la venida del día, cuando las calles que conducían á la de Roldán se hallaban invadidas por la alborozada multitud que semejava grandes oleadas que nacían por distintos rumbos de la ciudad é iban á morir en las orillas del canal.

Era la tal calle nada agradable por el aspecto triste que le daban los vetustos y destartados paredones del convento de la Merced, en los cuáles se hallaban abiertas puertas y ventanas sin orden ni simetría, á la vez que, por ruines y desaseadas, no se recomendaban ciertamente las casas particulares que se le-



CALLE DE ROLDAN EL VIERNES DE DOLORES.

improvisación y adorno de los referidos altares.

Llegaba, en fin, el tan esperado Viernes de Dolores, día de grande animación en la Capital, tanto por ser el onomástico de innumerables personas, pobres y ricos, como por ser el señalado para conmemorar los sufrimientos de la Santísima Virgen. Para todos estos actos civiles y religiosos, la ciudad entera se ponía en movimiento, quiénes para comprar las cuelgas y agasajos para las Lolas, quiénes para adquirir flores y adornos para los altares, actos que se iniciaban con el famoso paseo de las flores.

Apenas sonaba en los campanarios la hora

vantaban en la acera opuesta. Media calle era de tierra y media de agua, la que bañaba con su pausadísima y sucia corriente, aquellos muros conventuales que la Reforma se apresuró á derribar.

El canal se hallaba completamente invadido por las canoas que habían llegado para ofrecer á los habitantes de la Capital las variadas producciones de las chinampas de Santa Anita, San Juanico é Ixtacalco, consistentes en abundante hortaliza y en profusión de flores. El gentío que llenaba la calle era inmenso, tanto que, como se dice vulgarmente, pudiera andarse sobre las cabezas. Allí las familias decentes mezclábanse, por fuerza, con

las del pueblo bajo, y todas iban y venían de esquina á esquina, abriéndose cada cual, entre la multitud, un camino trabajoso que al fin se abandonaba para acercarse á la orilla del canal, con el intento de proveerse de flores y de verduras. Sosteníanse, entonces, diálogos animados entre las que deseaban obtener de sus mercancías mayor utilidad, á favor de las circunstancias, y las que no se dejaban engañar, estimuladas por las economías necesarias de aquel día de ilimitados gastos, consiguientes á la extraordinaria comida de vigilia, á las cuelgas de las Lolas y á los altares de Dolores á las aguas frescas y demás adminículos necesarios. Entre la multitud colábanse los muchachos y los mozos de cordel, que portaban grandes cestos y ofrecían á todos sus servicios, y para completar la animación del cuadro no faltaban familias en los balcones de las casas de frente al canal, ni algún mercedario curioso, con su hábito blanco, asomado por un balcón de su vetusto convento.

Entre nueve y diez de la mañana, hora en que el sol, por su elevación sobre el horizonte empezaba á bañar con sus ardorosos rayos la famosa y sucia calle de Roldán, las familias abandonaban el canal, montando unas en sus carruajes que las esperaban en la calle del Puente de la Leña, y otras se dirigían á pie camino de sus casas, pero todas bien abastecidas de flores y no pocas, además, de hortaliza y de legumbres. Por supuesto muchos jóvenes, tanto del hermoso como del sexo feo, se retiraban llevando en la mente gratos recuerdos de las travesuras de Cupido que, como siempre, andaba en tales bolas haciendo de las suyas.

Multiplicadas eran las faenas á que se entregaban las familias para armar un altar de Dolores, á causa de ser los menesteres tan numerosos como variados. Echábase mano de una mesa, así como de algunos cajones de madera de diversos volúmenes y aun de cofres. Arribaban aquella á la pared principal de la sala y ponían éstos sobre la mesa simétricamente colocados de mayor á menor, formando gradas; clavaban en la pared una cortina blanca ó de color, de lino ó seda, dándole la forma de pabellón, bajo del cual se colgaba el cuadro de la Virgen á la altura de la última grada, y sobre aquel cuadro se suspendía un Santo Cris-

to; forrábase el altar con lienzos blancos adornados con moños y listones de colores, y se cubría la mesa con frontal y palio. Improvisado ya el altar procedíase desde luego á su adorno. Unos se ocupaban en dorar naranjas y en formar banderitas con popotes y hojillas de plata y oro volador, y otros en hacer las aguas de colores con las que habían de llenarse copas, botellones y cuantos vasos de cristal había disponibles en la casa. Sacábanse de sus encierros los sembrados amarillos y traíanse de los corredores y azotehuelas los verdes, así como las macetas de mejor follaje y de plantas en flor, mientras que las criadas, bajo la dirección del ama de la casa, empleaban su tiempo en la cocina ó en otra pieza retirada, moliendo en metates grandes cantidades de pepitas de melón, echando en remojo la chíá, el tamarindo, el perifollo y la flor de Jamaica, exprimiendo limones y timbiriches, y reduciendo, por último, á polvo la canela en almireces que repicaban de lo lindo. Entretanto, el ama, sin abandonar la parte directiva, echaba azúcar y más azúcar en una olla llena de agua, llevándose á la boca con frecuencia cucharadillas del líquido para dar testimonio del buen grado dulcificante.

Los procedimientos para las aguas de colores variaban según la calidad y recursos de las familias, en las que solía haber algún estudiante de química, que ponía á prueba sus conocimientos, ó bien un *pico largo* entendido y vivaracho, tipo que te describí, lector amigo, en el artículo "Fiestas de Navidad."

Las substancias para teñir las aguas eran:

Para las coloradas, los pétalos de la amapola.

Para las tornasoladas, los mismos con una piedrecita de alumbre.

Para las moradas, la grana ó cochinilla, que se transformaban en rojas por medio del mismo alumbre.

Para las carmesíes, el palo de Campeche.

Para las purpúreas con vivos de fuego, los pétalos de la flor de Jamaica, ó bien el carmín púrpura disuelto en amoníaco.

Para las azules, el sulfato de cobre amoniacal ó la caparrosa.

Para las verdes, el mismo sulfato de cobre con unas gotas de ácido clorhídrico, ó bien la Pimpinela.

Para las amarillas, solución acidulada de cromato amarillo neutro, con adición de carbonato de potasa. El bicromato de potasa en pequeña cantidad, pues en mayor, el amarillo pasa por diversos grados desde el pálido hasta el anaranjado ó rojo de oro. Los del pueblo usaban de la planta llamada *zacatlascalí*, que daba aquel color sin transparencia alguna.

Hecho el acopio de todo lo necesario, procedían desde luego á colocar sobre el altar los objetos tan numerosos como variados. Grandes velas de cera, doce cuando menos, adornadas con banderitas de plata y oro volador y colocadas en candeleros con los cabos envueltos en papeles de color picados, se distribuían simétricamente en las diversas gradas del altar. Las ollitas, los ladrillos, los pinitos y demás figuras de barro, sembrados de chíá y alegría, alternaban con los platos y macetas que ostentaban las amarillentas plantas del trigo y de la lenteja, de la misma manera que las hileras de naranjas con sus banderitas de oro, quedaban interrumpidas por los ramilletes y por frascos y botellones tras de los cuales se colocaban lamparitas de aceite que, una vez encendidas, hacían brillar vivamente las aguas de colores que aquéllos contenían. A los lados del altar colocábanse las macetas de mejores plantas, y á su pie se formaba un tapete con salvado extendido, sobre el que, por medio de patrones de papel, se hacían al rededor complicadas labores con pétalos de flores, polvo de café y obleas desmenuzadas, y en el centro el anagrama de la Virgen. Las naranjas y los sembrados sobrantes se colocaban en los bordes de las macetas grandes, en los del tapete y en cuantos huecos habían quedado libres en el altar.

Llegada la noche, encendíase éste convirtiéndose en una ascua de oro que despedía en todas direcciones rayos luminosos de vivísimos colores, á la vez que las banderitas tremolaban agitadas por las ligeras corrientes del viento, producidas por la desigual temperatura que reinaba en los diversos lugares de la sala, la que á poco se veía invadida por las familias invitadas. Después del rezo en unas casas, ó de la ejecución, en otras, de algunas piezas musicales, entre las que, en ocasiones, se cantaban el *Stabat Mater* de Rossini, las *Siete Palabras* de Mercadante, el *Ave María* de

Baca ú otras análogas, seguíase una conversación muy animada que generalmente versaba (abstracción hecha de la emprendida por los novios ó aspirantes al bendito yugo que nunca desperdician ocasión que pueda redundar en beneficio de sus íntimos asuntos) sobre el buen gusto que había precedido al aderezo del altar, sobre sus graciosos y variados adornos y, principalmente, sobre la bondad de la pintura que representaba á la Madre de Jesucristo, por más que la tal pintura, en la mayor parte de los casos, fuese un verdadero mamarracho, debido á ciertos pintores cursis que no sabiendo dar á un rostro la expresión de dolor, recurrían para indicar éste, al puñalito clavado en el seno de María y, á veces, á siete puñalitos radiantes y simétricamente repartidos en el mismo virginal seno para expresar los siete dolores. No faltaban, ciertamente, pinturas buenas de nuestros célebres artistas del siglo XVIII, ni algunas debidas á pinceles europeos.

En los intermedios de las piezas musicales, reducidas generalmente á canciones acompañadas en el piano ó en la guitarra, y durante la conversación, las criadas aparecían en la sala conduciendo grandes bandejas charoladas con enormes vasos de cristal abillantado, para tales actos reservados, en los que ofrecían las famosas y variadas aguas refrigerantes: la espumosa horchata con sus rajás y polvo de canela, la mucilaginoso agua de chíá, las amarillentas de limón, tamarindo, piña, timbiriche y demás expresadas. Por de contado, el ama de la casa procuraba que los concurrentes se diesen prisa para beber la chíá, á fin de no dar tiempo á que la semilla, en virtud de su menor densidad, ascendiese á la parte superior del vaso, quedando en el fondo de éste el líquido azucarado, porque tal percance hacía asomar los colores á la cara de aquélla, y ten por cierto, lector querido, que en las casas en que te ofrezcan esa bebida, han de presentarte el vaso sin calmarse aún la borrasca producida en él por las fuertes batidas del molinillo, y si entonces quieres dar un susto á las patronas, pretexto que estás abochornado, aparta á un lado el vaso impidiendo que se lo lleven y ofrece apurar la fresca bebida, pasado un cuarto de hora, mas no te descuides porque son capaces, por no dar su brazo á torcer, de ajitar el líquido con el dedo.

Lo que verdaderamente causaba legítima admiración era la fortaleza de aquellos estómagos que, como un aditamento de las comidas de Vigilia, recibían algunos cuartillos de agua fresca, sin enfermarse, porque no había remedio y era forzoso beber de todas cediendo á las instancias de las niñas y personas de tu estimación y á las recomendaciones que cada cual, según sus gustos, hacía de aquéllas. La horchata por ser muy superior á la que expendía la horchatera gorda del portal de las Flores, que era de tanta fama y tanto vendía, que de medio en medio real llegó á amontonar tantos pesos y adquirir tal lujo que hasta piano de cola tenía en su casa; el agua de flor de Jamaica por su sabor acidulado semejante al del tamarindo, la de timbiriche por su gusto agradable y propiedad refrigerante, la de chíá por llenar aquella condición de que te he hablado, mi buen lector, y además por sus propiedades epáticas, y así de las demás, de suerte que, pasando de la horchata al limón, de la piña al perifollo, y de la chíá al tamarindo, echábanse las gentes al colete unos seis ú ocho vasos de agua, siendo de advertir que tales escenas eran repetidas por algunas familias que pasaban de una á otra casa visitando altares.

En la época á que me refiero en mis presentes artículos, cosa digna era de ver el hermoso Calvario que levantaba el Padre Picazo en su casa de la calle del Puente de la Merced, frente por frente de la portada principal del templo de este nombre, del que sólo quedan hoy en pie unos elevados y derruidos paredones y el hermoso claustro, muy maltratado por cierto.

El Calvario del Padre Picazo llamaba la atención no solamente por las buenas esculturas debidas al cincel de nuestros hermanos los guatemaltecos, sino por la perfecta imitación, en todo el conjunto, de la terrible escena del Gólgota. En una gran sala debilmente iluminada por los reflejos de unas lámparas, medio ocultas por las peñas del Calvario, destacábase la bella figura del Crucificado en medio de sus compañeros de martirio, uno con el semblante apacible del que pide por gracia su lugar en el Cielo y otro con las facciones descompuestas del descreído que desespera. La Virgen y el predilecto discípulo del Salvador

al pie de la Cruz, aquélla con sus ojos bañados en lágrimas y pendientes de los labios de Jesús que le dice: *Mujer, he ahí á tu hijo*, y éste viendo con ternura á la que el Salvador le señalaba como madre. Completaban aquel grupo las hermosas figuras de María Cleofas y María Magdalena. Las rocas de la eminencia apartábanse de su sitio para dar salida de sus tumbas á los muertos que resucitaban, y en el fondo de aquel cuadro, el sol que se hallaba á la mitad de su carrera veíase eclipsado, distinguiéndose tan sólo un disco ennegrecido con protuberancias color de sangre en la circunferencia.

En conmemoración de los dolores de María, los principales templos de la Capital, en las diversas horas del día, celebraban sus augustas ceremonias, á las que asistían en gran número las personas piadosas. Por la mañana verificábanse misas solemnes, durante una de las cuales, en el Sagrario, cumplían con el precepto anual los alumnos del Colegio de Minería, y los de San Juan de Letrán en la capilla de su Colegio; por la tarde, la solemne procesión del templo de la Soledad de Santa Cruz, y por la noche el ejercicio de las tres horas en la Tercera Orden de Santo Domingo y en la Santa Escuela del Espíritu Santo. También en algunos célebres colegios como en el de San Gregorio, los grupos de estudiantes levantaban en sus respectivas aulas, altares á la Virgen de los Dolores, y los rectores, acompañados de algunos catedráticos, los visitaban, fijando su atención, de preferencia, en las imágenes que los alumnos habían hecho conducir de sus casas.

Tal era en otros tiempos el sexto viernes de Cuaresma, llamado de Dolores.

LA SEMANA SANTA.

EL DOMINGO DE RAMOS con su poética procesión de las palmas y ramas de olivo, en conmemoración de la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem, abre las ceremonias augustas de la Semana Santa. El ejercicio de las Tres Horas en la Profesa, durante la tarde de ese día y la solemne misa dedicada á la Virgen, en el mismo templo, el LUNES SANTO, atrajeron en otros tiempos, como en el presen-

te, la atención de todos los que saben apreciar cuanto hay de digno y grande en la Religión Católica. En este templo, como en los demás de la Capital, sus ceremonias, por decorosas y excelsas, forman un verdadero contraste con los despropósitos irrisorios de los pueblos de indios, prácticas no autorizadas realmente por la Iglesia, sino toleradas por ella á más no poder. El viajero que observe en dichos días las ceremonias de la Catedral, del templo de la Profesa y de otros muchos en donde dignamente se representan las escenas de la Pasión, y las compare con las ridículas mojigangas que tienen verificativo en Tacuba, Atzacapotzalco, Ixtacalco y en otros pueblos, particularmente el Viernes Santo, difícilmente podrá comprender que aquéllas y estas prácticas corresponden á la misma religión sublime del Crucificado. Establecidas se hallaban tales costumbres en la misma Capital de la República y, para destruirlas, un digno Gobernador del Distrito dictó la siguiente prevención en 30 de Marzo de 1836: "Habiendo acreditado la experiencia, que con motivo de representar en algunos barrios de esta ciudad lo que llaman, *los pasos*, ó *la Semana Santa*, se cometen innumerables desórdenes, y siendo conveniente además, desterrar de una Capital Civilizada como ésta, las ridículas escenas de armados, espías y fariseos con que se cree equivocadamente contribuir á la majestad del culto, sirviendo solamente para hacer que el pueblo pierda el respeto debido á los augustos misterios del cristianismo, y recordar algunos restos de los siglos bárbaros, he venido en decretar los artículos siguientes:—1º Se prohíbe que con ningún pretexto salgan en esta ciudad *armados, espías, sayones, centuriones, fariseos* y otros objetos ridículos con que se pretende representar los llamados *pasos de la Semana Santa*, bajo la multa de cincuenta pesos, y en su defecto un mes de cárcel.—2º Los señores alcaldes, regidores y comisionados de este Gobierno cuidarán del puntual cumplimiento del artículo anterior, á cuyo efecto darán las órdenes correspondientes á sus auxiliares, agentes de policía y demás personas á quienes convenga."

Por igual determinación han quedado ya prohibidas tales escenas en los pueblos.

EL LUNES SANTO cumplía con el precepto anual el Colegio del Seminario, en el Sagrario.

Todas las ceremonias que se efectúan en la actualidad durante la Semana Santa, cumplíanse de la misma manera en las épocas anteriores, y por tanto trataré en el presente artículo solamente de aquellos actos religiosos que hayan venido á establecer con el tiempo notables diferencias ó que hayan desaparecido de nuestras costumbres.

EL MARTES SANTO había procesión por la tarde, que salía de la capilla de Tepito, y recorría las calles conduciendo, entre otras imágenes, un Santo Cristo. Dos circunstancias hacían notable la tal procesión: una era la grande extensión de la carrera y otra la práctica seguida por los indios, cuyos hábitos nunca desdichan de su carácter pertinaz y la cual consistía en detenerse delante del Palacio Nacional y en poner de frente el Santo Cristo al balcón principal, á pesar de tener éste sus puertas cerradas. Hacíase esto porque en tiempo de la dominación española, los virreyes, desde el expresado balcón, puestos de rodillas, rendían su adoración á la imagen del Crucificado.

El Colegio de San Ildefonso cumplía en este día con el precepto anual, también en el Sagrario.

EL MIÉRCOLES SANTO, último día de los cinco en que la Catedral celebraba, como hoy, la rara y misteriosa ceremonia de *La Señal*, tenía efecto el oficio llamado de tinieblas que se distinguía por su carácter particular, principalmente en los conventos de religiosos. Esta melancólica ceremonia que en tal día precede á las fastuosas del Jueves Santo, efectuábase á obscuras para representar, según algunos, las densas tinieblas que envolvían á la tierra en los momentos en que el Hombre-Dios pronunció en la Cruz sus últimas palabras: *Cousummatum est*.

En Santo Domingo, en San Francisco y en los demás conventos de religiosos el solemne canto de éstos, al pronunciar los salmos, daba á la ceremonia el carácter triste y melancólico que correspondía á las escenas de que se hacía memoria. La extinción de las seis luces del altar mayor, al entonarse el Benedictus, denotaba la muerte de los profetas que anunciaron la pasión del Señor, así como la

extinción sucesiva de las catorce velas amarillentas del tenebrario, por la mano negra de Judas, representaba el desvío de los Apóstoles, uno por uno, del lado de su divino Maestro, así como el de las dos Marías, en tanto que la vela blanca que coronaba el tenebrario, de forma triangular en representación de la Santísima Trinidad, no se apagaba para denotar la fe constante de la Virgen María, y, al mismo tiempo, para representar, como dice el Vizconde Walsh, al Salvador, luz del mundo, que se eclipsa por algunos instantes detrás de las sombras de la tumba.

Al ocultarse el cirio encendido detrás del altar, el templo quedaba enteramente sumergido en las tinieblas y se escuchaba el cántico lúgubre del Miserere, concluido el cual, un gran estrépito conmovía todo el ámbito del templo, significando el trastorno de la naturaleza y la conmoción de la tierra en los momentos de expirar el Salvador del mundo, ruido aquel producido por los golpes que en los bancos daban con los libros, tanto los religiosos como los fieles asistentes á la ceremonia.

Introducíanse algunas veces en el templo individuos de esos que nada respetan, provistos de clavos y martillo, y á favor de la obscuridad y del estruendo producido, clavaban en el entablado los vestidos de las señoras.

JUEVES SANTO por la mañana.—El movimiento inusitado que se observaba en la ciudad era el indicio evidente del gran día en que la cristiandad conmemora la institución del Augusto Sacramento de la Eucaristía. La magnificencia desplegada en los templos durante las ceremonias, como una tregua al dolor por la pasión de Jesucristo, era igual á la manifestada hoy en los santuarios que han quedado en pie respetados por la Reforma. En tal día, desde muy temprano veíanse andar con precipitación, por las calles de la ciudad, á los *barriletes* (aprendices de sastre) y á las *costurerillas*, llevando aquéllos, al brazo, trajes flamantes de paño y casimir, y cargando éstas enormes cajas de cartón con lujosos vestidos de señora. Por aquí encontrábase al aprendiz de zapatero, con algunos pares de botines de charol pendientes de las manos, y por allí al aprendiz de sombrerero que conducía cuidadosamente uno ó dos sombreros altos de seda, cuyas cintas sujetaban por una esquina cua-

drados de papel en los que estaban escritos los nombres de las personas á quienes eran aquéllos remitidos, no faltando en el Portal de Mercaderes los del *brazo fuerte* ó sean vendedores de *repelos* (sombros renovados), llamados aquéllos así, por llevar sobre el brazo cuatro ó más sombreros superpuestos en forma de columna.



LA CHIERA.

De los puestos de chía que abundaban en las esquinas de las calles, unos estaban ya completamente levantados y aderezados y otros á medio levantar ó faltándole tan sólo sus adornos. Los tales puestos de chía eran barracas, de nueve ó diez varas cuadradas. Tres lados quedaban cubiertos con biombos viejos, con petates y carrizos y con cuantos objetos pudieran servir para el objeto, así como para formar el techo. La parte descubierta, cerrábase con un mostrador improvisado formado de huacales encimados, con un tablón de madera por remate. A todos los pies derechos arrimábanse ramas de sauz, uniéndolas por sus copas para formar arcos, principalmente en la parte delantera de las barracas, y de estos arcos se colgaban, en otros de hilo, invertidos, innumerables cantaritos de barro, ollitas, jarros y otros objetos de la misma materia. Los huacales quedaban revestidos profusamente con alfalfa y trébol, y adornados con hermosas amapolas, y sobre el mostrador improvisado lucían en vasos enormes de cristal las aguas de colores, algunas separadas en un mismo vaso en virtud de sus diferentes densidades. Los huecos que formaban por la parte de adentro los huacales, ocupábanlos las ollas, que conte-